

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA REALIDAD DEL MUNDO INVISIBLE

Bonfin, 23 de septiembre de 1977

Lectura del pensamiento del día:

"Si el mundo espiritual puede parecer incierto, vago, peligroso, es porque el ser humano no ha perfeccionado aún los instrumentos que podrían darle la posibilidad de penetrar en él tanto como lo ha hecho con aquéllos que le permiten trabajar en el mundo físico: los ojos, los oídos, las manos. Pero la realidad material, palpable, accesible a los cinco sentidos, no es la verdadera realidad. La verdadera realidad es la del alma y el espíritu; pero, para tener acceso a ella, hay que haber desarrollado otros sentidos, y, sobre todo, hay que tener un Maestro, porque, si no, evidentemente, es arriesgado, y se pueden cometer muchos errores y hacerse daño desencadenando fuerzas hostiles.

El mundo físico es bello: las flores, los cristales, los árboles, los pájaros, las montañas, las estrellas... Pero, en comparación con el mundo espiritual, todo esto palidece. Por eso, si no sabemos desenvolvernos en el mundo espiritual, no tenemos que acusarle a él, sino a nosotros mismos. Sin ciencia, sin guía, sólo podemos caer en un precipicio."

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, la única realidad es la realidad espiritual, todo lo demás sólo es ilusión. La ilusión, claro, también es una realidad, porque la realidad tiene una infinidad de grados. Por otra parte, podemos decir que, para un ser humano, lo único que puede ser llamado real es lo que él vive, lo que él siente. Tomad el caso de alguien que tiene lo que se llama alucinaciones: se siente presa de monstruos, y grita... Físicamente, visiblemente, nadie le persigue, pero él se siente perseguido -y puede serlo realmente, por entidades que se ensañan con él- y sufre. Y, cuando alguien sufre, ¡id a decirle que no es más que una ilusión!1

La única realidad para el hombre es aquello que está viviendo; lo demás, la realidad exterior, ¡sólo Dios sabe si es una realidad para él! En

medio de las peores condiciones algunos seres llegan a tener éxtasis, iluminaciones, y, ahí también, ¿cómo vais a poder persuadirles de que no son verdaderos? El sufrimiento y el gozo que experimenta son, quizá, las únicas cosas de las que el hombre no duda. Puede dudar de lo que ve, de lo que oye, de lo que toca, pero no puede dudar de lo que siente, de lo que vive, ésta es la única realidad.

Sin embargo, lo que el hombre piensa y siente no puede verlo, ni tocarlo, ni pesarlo, ni medirlo... ¿Cómo es posible entonces que sus pensamientos y sus sentimientos representen para él una certeza absoluta? Si estáis enamorados, por ejemplo, ¿dudáis acaso de ello? No veis vuestro amor, no lo tocáis, pero, a causa de él, estáis dispuestos a hacer todas las locuras o los actos más audaces. Así que, ¿creéis en el mundo invisible! Y, después, vais a decirles a los demás: "Yo sólo creo en lo que veo. El mundo invisible, el mundo espiritual, todo eso son pamplinas." ¡Y continuamente creéis en aquello que es invisible! ¿No es esto extraordinario?

Cuando tenemos una opinión, ¿la vemos acaso? Cuando dicen: "En mi alma y conciencia, condeno a este hombre", le condenan también en nombre de algo que no se ve: ¿Cómo dan, pues, una importancia tal a esta conciencia, que es invisible? El mundo entero, sin saberlo, no hace más que creer en cosas invisibles, impalpables. Los humanos sienten, aman, sufren, lloran, siempre por razones invisibles, pero, al mismo tiempo, se obstinan en pretender que no creen en el mundo invisible. ¡Qué contradicción! ¡Y cuántos crímenes se cometen porque los hombres creen ciegamente en lo que les pasa por la cabeza! Un marido celoso sospecha que su vecino ha seducido a su mujer y, sin ni siquiera verificarlo, ¡lo mata!

Los hombres no ponen nunca en duda lo que sienten: están absolutamente convencidos de que es la verdad. Cuando les exponéis vuestro punto de vista, dicen: "Voy a ver... voy a estudiar la cuestión...voy a hacer una investigación", pero, sobre lo que ellos sienten, en cambio, no hay nada que estudiar, es la única realidad; y tienen razón. Puesto que gritan, de gozo o de dolor, ¿cómo pueden dudar de la realidad de lo que experimentan? Las realidades interiores, invisibles, son realidades indiscutibles, son incluso entidades vivas, y por esto los Iniciados enseñan la existencia de un mundo invisible, que es la única realidad. Por otra parte, este mundo llamado "invisible" no es tan invisible para ellos: es visible, tangible, palpable, y está recorrido por criaturas, por corrientes, por luces, por colores, por formas, por perfumes mucho más reales que los del mundo físico, y ellos lo conocen, lo estudian.

Sí, y es un error creer que todo aquello que forma parte del mundo invisible, subjetivo, las emociones, los sentimientos, los pensamientos, no puede ser estudiado con precisión. Todos los científicos que han dejado de lado este mundo, pensando que no hay aparatos para poder estudiarlo, se equivocan: estos aparatos existen, y son más precisos y verídicos todavía que aquéllos con los que medimos los fenómenos del mundo físico. Todo el mundo sabe que, en física, en química, se admite siempre en las medidas y los cálculos un margen de error posible, y casi inevitable. No se puede pesar una sustancia hasta un nivel de precisión de un electrón más o menos. Mientras que, en la ciencia del mundo invisible, incluso un electrón es contado, pesado, calculado: ahí reina una precisión absoluta.

Los materialistas no me creerán, claro, porque ellos niegan la existencia del mundo invisible... Pero, si tienen tanta pasión por los cálculos, ¿por qué, cuando comen, no cuentan también cuántos bocados se tragan?, ¿cuántas veces mastican? ¡Esto es muy importante! Y, después, cuando besan a su mujer, ¿por qué no calculan, no miden, todas las energías, las radiaciones que salen de ellos, su cantidad, su duración, la dirección que toman? Es curioso, ¿veis?, esta gente, en sus laboratorios, sólo mide aquello que no tiene ninguna importancia para la vida, aquello que no tiene ninguna relación con la vida. No creen que la vida, la vida interior, espiritual, pueda ser estudiada con precisión. Pero es, simplemente, porque no han desarrollado estos instrumentos de precisión absoluta que son los órganos espirituales. Mientras que no los hayan desarrollado, no tienen derecho a pretender que el mundo invisible no exista. Por otra parte, el hombre ni siquiera ha desarrollado mucho sus cinco sentidos. Algunos animales ven, oyen, huelen, captan manifestaciones que nosotros somos incapaces de percibir: olores, ultrasonidos, ciertas radiaciones luminosas, o bien algunos signos anunciadores de terremotos, de epidemias, etc.

La única actitud razonable que pueden tomar los sabios, pues, es la de decir: "El estado de nuestros conocimientos no nos permite pronunciarnos, debemos estudiar más la cuestión." Pero no, se pronuncian, e inducen a la humanidad en error. Pero un día van a pagarlo muy caro, porque su responsabilidad queda grabada, y el Cielo es implacable con aquéllos que engañan a los humanos. Ellos se toman como la medida y el criterio universales, y, con sus propios límites, ¡cierran el camino a la humanidad! ¿Cómo es posible que cuando un explorador ha ido al otro extremo del mundo y cuenta que vio tal país, tal montaña, tal animal, le crean, mientras que se niegan a creer a aquéllos que han visitado otras regiones, unas regiones espirituales, cuando después cuentan sus viajes? Estos

exploradores, estos etnólogos, podrían mentir, y sin embargo les creen; pero cuando se trata de los exploradores del mundo invisible, nadie tiene confianza en ellos. Es formidable: cuando la ciencia oficial se ha pronunciado, ya nadie osa levantar la voz. Todos dicen amén y se hunden en el embrutecimiento. ¿Dónde está el progreso de la humanidad? Yo sólo veo progresos técnicos, mecánicos, que permiten a todos los verdugos, a todos los monstruos, enriquecerse y reforzarse, eso sí, pero ninguna mejora real.

Yo creo en el mundo invisible, y hasta os diré que sólo creo en él. Diréis: "Sí, pero en nuestras sensaciones de gozo o de tristeza, en nuestros dolores, en nuestros sufrimientos, no hay entidades, no hay criaturas, como usted explica." No debéis pronunciaros, ya que estáis ciegos. Cuando sufrís inquietudes o angustias, si fueseis clarividentes veríais a entidades que os tiran de los pelos, de las orejas, que os arañan, que os pinchan. Y veríais lo que se divierten. Sí, ¡se divierten mucho! Dicen: "Ah, esta buena mujer, este buen hombre, ¡me interesan! Vamos a ver cómo reaccionan", y empiezan a acosaros, y después toman notas. Como las enfermeras, que pinchan a los enfermos y después toman notas... ¿Y por qué no iba a haber las mismas cosas en el otro mundo?

Ya os hablé de los indeseables. Pero, lo sé muy bien, éste es un tema que no va a ser aceptado, ni comprendido. ¿Cómo, en el siglo XX, las celebridades intelectuales y médicas van a poder admitir la idea de que las entidades del plano astral tratan de infiltrarse en los humanos para atormentarles, para alimentarse a sus expensas y disgregarles? Según ellos, se trata sólo de elementos químicos que perturban el buen funcionamiento del psiquismo. Y es cierto, son elementos químicos, pero lo que la ciencia no sabe es que estos elementos químicos son la consecuencia de la presencia de espíritus maléficos que han sido atraídos por el hombre mismo. Estas entidades pululan en el mundo astral y, si los humanos, con sus debilidades, con sus transgresiones, les abren la puerta, entran en ellos y producen unos trastornos que los psicólogos y los psicoanalistas denominan con toda clase de nombres.

Estos hechos están muy bien explicados en todos los libros sagrados, y los clarividentes los han constatado. Pero como la mayoría de los humanos no han desarrollado ninguna de estas facultades espirituales que permiten conocer el mundo invisible, se han formado una filosofía basada únicamente en las observaciones de los cinco sentidos, y las conclusiones de esta filosofía son obligatoriamente erróneas. Puesto que los virus, los

bacilos, que son criaturas vivas, son invisibles, excepto con el microscopio, ¿por qué no admitir la existencia de otras criaturas que los microscopios no son aún lo suficientemente perfeccionados para poder detectar? En todo caso, los estragos que producen son tan visibles como los estragos causados por los virus, eso no se puede negar. La ciencia llegará, un día, sin duda, a poner a punto unos aparatos que permitan detectar la presencia de estos indeseables. Pero, mientras tanto, es preferible admitir su existencia y, sobre todo, aprender a protegerse de ellos llevando una vida inteligente y sensata.

Por otra parte, si los sabios tuviesen un poco más de consideración por la literatura, en vez de ver solamente en ella una creación de la imaginación, se habrían hecho preguntas sobre algunos casos psicológicos en los que es evidente que se trata de personas perseguidas por indeseables. La novela de Maupassant, "La Horla", por ejemplo, cuenta un caso que se parece mucho, por otra parte, al del mismo Maupassant, que terminó su vida en un asilo de alienados, sintiéndose presa de toda clase de entidades maléficas.

En esta novela, Maupassant describe cómo una entidad, a la que llama la Horla, viene durante su sueño a ponerse sobre su pecho y a apretarle el cuello para estrangularle, y a chuparle la vida a través de la boca, como una sanguijuela. Una mañana, al despertarse, constata que se han bebido el agua que había puesto en un frasco antes de acostarse. Piensa que quizá sea sonámbulo y que haya sido él mismo quien pudo bebérsela. Pero quiere verificarlo, y hace este experimento: envuelve dos frascos, uno de agua y otro de leche, con unos paños, atando incluso los tapones, y después se frota los labios, la barba y las manos con polvo de plomo y se acuesta. Cuando se despierta, algunas horas después, los paños siguen alrededor de las botellas, y los tapones siguen atados, ¡pero el agua y la leche han desaparecido!

Poco después se da cuenta que ni siquiera su voluntad le pertenece ya: quiere levantarse de su sillón, y la Horla se lo impide, quiere tomar el tren para ir a París, pero, en lugar de dar al cochero la orden de conducirlo a la estación, oye su propia voz diciéndole que vuelva a casa. Finalmente, una noche, deja de ver su reflejo en el espejo: es el indeseable, cuya presencia es, sin embargo, extremadamente tenue, el que se ha interpuesto entre su reflejo y él. Entonces busca un medio para matarlo y acaba prendiendo fuego a la casa. Pero éste no es, evidentemente, un medio eficaz, porque no podemos desembarazarnos de estas entidades con medios físicos.

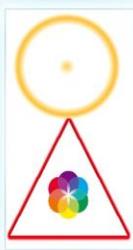
Maupassant no es el único que haya contado este tipo de experiencias, porque no debemos engañarnos, el espacio está poblado por miles de millones de entidades maléficas que han jurado la pérdida de la humanidad. También está poblado, claro, por miles de millones de entidades luminosas que están ahí para ayudarla y protegerla. Sí, pero su ayuda y protección nunca serán absolutamente eficaces si el hombre mismo no hace nada para andar por el buen camino. Y ningún Maestro tampoco, ninguna entidad es capaz de protegeros si os obstináis en vivir una vida no razonable. Os instruyen, os aclaran las cosas, tratan incluso de influenciaros con sus pensamientos y sus sentimientos, pero si vosotros destruíis todo su buen trabajo con vuestra negligencia y vuestra estupidez, ¿qué pueden ellos hacer?

Las mejores protecciones contra los indeseables son la pureza y la luz interior. Entonces, los indeseables, que ya no tienen nada a lo que agarrarse, puesto que ya no hay en vosotros alimento para ellos y no soportan la luz, os abandonan. Por eso, desde hace años, ¡cuántos métodos os he dado para purificaros y rodearos de luz, de colores, para poder formar una barrera infranqueable para estas entidades maléficas! Por sus vibraciones intensas, la luz aleja y disgrega a estas entidades. Por eso hay que trabajar verdaderamente con la luz, y hacer entrar la luz en vuestra casa, gracias a las meditaciones y a las oraciones, para que ésta esté protegida. Porque, cuando digo la luz, me refiero, en realidad, a las entidades benéficas, y, una vez que estas entidades se han instalado en vosotros, impiden que las otras puedan penetrar. Y eso también es verdad para vosotros mismos: rodeaos de luz.

Esto no quiere decir que cuando lleguéis a tener un aura poderosa, una fortaleza de luz, ya no seréis nunca molestados ni asaltados. Desgraciadamente, mientras estemos en la Tierra nunca estaremos verdaderamente a resguardo de los asaltos y las batallas. Pero, de todas formas, si estamos bien parapetados con la luz, la cosa es diferente. Incluso los Iniciados se ven obligados a protegerse: si, incluso los más poderosos deben pensar sin cesar en poner barreras de luz y círculos de llamas entre ellos y los espíritus del mal que vienen a asaltarles. ¡Y los débiles e ignorantes se imaginan, en cambio, que no necesitan ninguna protección! Llega el momento de comprender la importancia, la gravedad de todo lo que os explico, porque, si no, estaréis a la merced de todas las corrientes. De ahora en adelante, pues, pensad en rodearos cada día con un círculo de luz.

Algunos dirán: "Pero para protegernos podemos utilizar talismanes." La gente cree mucho en el poder de los talismanes; yo también creo en su poder, y hasta más que los demás, pero mi creencia es completamente diferente. Creo en el poder de un talismán si vosotros trabajáis psíquicamente y físicamente en armonía con lo que éste representa, con los poderes y virtudes que contiene, porque entonces lo reforzáis, lo alimentáis. Pero si contáis con él sin hacer nada que esté de acuerdo con sus propiedades, al cabo de algún tiempo ya no actúa, y hasta muere.

Un talismán solamente es verdaderamente poderoso si lo sostenéis con vuestra propia vida. Si este talismán está impregnado de pureza, para que continúe siendo eficaz debéis vivir una vida pura; si está impregnado de luz, debéis rodearos de luz; si está impregnado de fuerza, debéis ejercitaros para que la fuerza sea alimentada, etc. Y lo mismo sucede con el aura. Si os contentáis con rodearos de luz con el pensamiento, sin vivir vosotros mismos una vida luminosa, vuestras concentraciones no serán demasiado eficaces, porque lo que hacéis por un lado lo demoleis por otro. Como en estos cuentos en los que los espíritus maléficos destruían durante la noche el trabajo que el joven príncipe, o el hermoso caballero, habían llevado a cabo durante el día. No olvidéis nunca que, en todos los casos, el único medio de trabajar eficazmente es mejorar vuestra manera de vivir.



www.laenseñanza.org